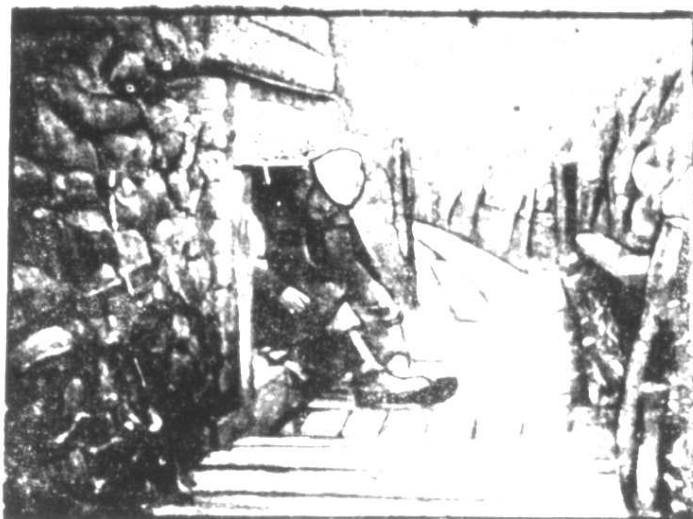




Recuerdo del Yser (Irincheras)

puede consumirse el queso como fresco o mantenerlo dos o tres meses más, cuando ha adquirido los caracteres del famoso queso de Goya. Estas indicaciones pertenecen al agrónomo italiano Lanteri Cravetti quien ha residido largo tiempo en la República Argentina.

J. F. PESTICO

BIBLIOGRAFIA

CULPA QUE PESA

Fué algo más que un crimen, y hoy día, esta Bélgica mártir e invencible, que como se ha dicho con toda justicia no es otra cosa que la "prenda del derecho universal", pesa muchísimo en la balanza. Las torturas no han podido reducirla ni el miedo ha podido obligarla a ponerse de rodillas. Ella es quien juzga, quien condena, quien empuja a sus verdugos al desastre, y cuando hablan de una "paz conciliadora", su sangrienta aparición opone invencible obstáculo a sus hipócritas manejos. Violada en los primeros instantes, oprimida

desde hace más de tres años, pero siempre inflexible en su resistencia, esta víctima del derecho y de la política del honor pregonadora ante el mundo entero la necesidad de una reparación que no esquivarán ni desearados clamores ni equivocadas promesas.

"Lo que nosotros queremos, proclamaba ya en París el 20 de diciembre de 1911 el ministro de Justicia del gobierno belga, lo que nosotros queremos, lo mismo que vosotros, la única ambición a la cual nuestra política internacional, como la nuestra también, tenga derecho a aspirar, es la de ser honrados. Si, ser gente honrada, esclava de la palabra y de la firma, fiel a ese ideal al cual Francia ha rendido siempre culto, ideal que como ella comprendemos, por el cual luchamos sin tregua y sufrimos sin quejarnos, ideal que se designa con una sola palabra que no se puede traducir al alemán: el honor!"

El honor es lo que se opone a toda paz que no sea reparadora. El programa de la "Entente" no ha variado. El hermoso libro compuesto con los discursos y las declaraciones de M. H. Car-

ton de Wiart—LA POLITICA DEL HONOR, expone, "los motivos profundos de la resistencia" belga, y por lo mismo explica también la paz completa que quieren los Aliados. Si se quiere ver en la obra de M. Maurice des Ombiaux, titulada LA RESISTENCIA DE BELGICA INVADIDA, hasta qué extremo ese pueblo ha sufrido y conquistado la admiración de Europa, podrá uno darse cuenta más exacta del valor de las conclusiones que el mismo autor había establecido debidamente en un opusculo anterior, FRANCIA Y BELGICA (Páginas de Actualidad, N° 861.) Después de haber demostrado "lo que los alemanes querían hacer con los países invadidos", en el párrafo "lo que nosotros haremos con ellos" esbozaba un plan de defensa contra las reincidencias astutas o violentas de esos profesionales de la invasión, y decía:

"También habrá lugar que se tomen medidas extremadamente rigurosas para impedir a los alemanes que vuelvan a ejercer la industria, el comercio o la banca... Los extranjeros enemigos no podrán poseer nada en un país al cual han tratado tan indignamente. Por lo demás, las poblaciones que han sufrido las atrocidades de la invasión alemana, se encargarán, si preciso fuese de ajustar las cuentas a los raptantes de atlente el Rhin..."

Estas previsiones no carecen de gracia, como respuesta anticipada a la "nota verbal" alemana que sugiere el restablecimiento, en común de la independencia de Bélgica, con la condición de conservar en ella privilegios comerciales y el suave protectorado que nos es conocido.

Como Bélgica se encuentra más que nunca a "la orden del día", en estas conversaciones relativas a la paz, la paz provechosa o por lo menos no demasiado desastrosa que los Imperios Centrales arden en deseos de concluir, es ocasión de que se vuelva a leer el delicioso "manifiesto" que el danés Johannes Jorgensen, el autor de esta CAMPANA ROLANDO que ha tocado a sonar contra los incendiarios de Lovaina, ha querido publicar para liberar su conciencia de todo compromiso con los que se pretenden vencedores del pueblo Belga. Esta serie de magníficos testimonios en favor de los oprimidos y contra los bárbaros, reposa y consuela. Se desearía citarlo todo, el autor renueva en él, después de profundas reflexiones y concienzudas informaciones, su veredicto anterior.

que exigiera fuerza y brutal atrevimiento. Usaba zamarros excesivamente anchos y resobados, de cuero de pelo muy largo; y espuelas en que se había gastado el hierro de que pudiera hacerse una buena barra. Cuando iba a caballo, los zamarros pendían sobresaliendo del estribo más de un palmo. Su zurriago era hecho de un disforme garrote de guayacán. Nunca dejaba su cuchillo que le pendía de un cinturón de cuero, por el uso continuo. También tenía un trabuco, pero sólo lo llevaba consigo en ocasiones solemnes. Su padre lo había habilitado más de una docena de veces pero él había disipado el dinero sin llegar a emprender ninguna especulación. Una vez se había metido a carnicería y había encontrado el oficio muy de su agrado, porque se reservaba siem-

pre el matar las reses; y aun adrede les daba mal la puñalada para recrearse a espacío viéndolas agonizar. Mas, las otras tareas del oficio se le hicieron insostenibles; lo dejó y actualmente no tenía otro que el de jugador; pero, a ratos perdidos, se ocupaba también en beber y en toda especie de entretenimientos igualmente edificativos. De las siete noches de la semana pasaba seis y media fuera de su casa, y si alguna vez entraba en ella de día, era para pedirle dinero a su padre, que ya había resuelto negárselo, y a quien, con este motivo el muy descastado, le había alzado la mano más de una vez.

Su madre, fuera de ser madre, era tonta, y le proporcionaba dinero. Entrábase primero su hijo con zalamerías; pero en seguida, si no recababa de ella inmediatamente todo lo que venía a pe-

dirle, le injuriaba y la amenazaba. La infeliz había ya empeñado o vendido las alhajas que tenía, y vivía sobrecoyda por medio de que su marido se informase de los desatinos que había cometido para alimentarle sus vicios al que era azote de su casa.

Se decía que el Tuerto había cometido varios asesinatos y que sus víctimas habían sido mujeres y hombres indefensos. Por lo demás, no había mandamiento del Decálogo ni artículo del Código Penal que él no hubiese violado. Las autoridades y las poblaciones se habían conmovido con cada uno de los atentados de Garmendia; pero nadie se había atrevido a proceder contra él. ¡Ay del que lo hubiera acusado, del testigo que hubiera depuesto en contra suya, y del juez que le hubiera levantado un sumario!

No sé si habría exageración.